

Arquitectura, nacionalismos y contrarrevolución

Maestro Carlos M. Tur D.

DIRECCIÓN DE ETNOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA SOCIAL - INAH

cmt_d_38@hotmail.com



Carnaval en Huijotzingo, Pue. Entre 2000 y 2003, formato 35mm. © Jorge Pablo de Aguinaco.

La plena incorporación de México a la división internacional del trabajo, bajo la férrea conducción de don Porfirio, significó no sólo la importación de tecnología y capitales, sino también la convencida aceptación de orientaciones ideológicas y tendencias estéticas.

El culto al progreso oligárquico llevó en el territorio de las ideas arquitectónicas a una indiscriminada adopción de los neos de moda

en Europa. Para 1910, la opulenta colonia Juárez era un sueño realizado: los complacientes cronistas del Centenario la comparaban con los suburbios más elegantes de Viena, Bruselas o París. A pesar de que no faltara algún criticón que parodiaba: “Ésta, Fabio ¡ay dolor! ciudad de millonarios extranjeros”,¹ la oligarquía porfiriana gozó en aquella fecha la apoteosis postrera de su Belle Epoque.

La Revolución barrió después con el Estado oligárquico y su equipo político y, de manera inevitable, con la fascinación por lo francés. Como ejemplos representativos de los nuevos tiempos en el territorio de lo arquitectónico, recordemos que en 1917 el presidente Carranza exime de impuestos a quienes construyeran en estilo neocolonial;² José Vasconcelos, como secretario de

Educación Pública, impone a las construcciones escolares el mencionado estilo y, a fines de los años veinte, el “Jefe Máximo de la Revolución”, Plutarco Elías Calles, ocupaba de modo alternativo una casa en la colonia Anzures y otra en Cuernavaca, ambas de fisonomía neocolonial. Para estos dirigentes se trataba de demostrar con esta elección, tanto en el ámbito público como en el privado, su inclinación por “la nueva arquitectura nacional”; más aún, se la calificaba de “revolucionaria”.³

Este nuevo revival expresaba sin duda un cambio de actitud en los sectores dirigentes surgidos de la Revolución, respecto del gusto abigarrado y europeizante del porfiriato, si bien en los últimos años del antiguo régimen había despuntado una cierta revalorización de la herencia arquitectónica virreinal, que se puede comprobar, por ejemplo, en las telas religioso-coloniales de Germán Gedovius. Como derivación de esta nueva actitud, se lamentaba la interrupción de la tradición arquitectónica novohispana, tanto como la demolición de muchas obras a lo largo del siglo independiente.

Los precursores de esta exhumación simbólica fueron dos jóvenes arquitectos ateneístas, Jesús T. Acevedo y Federico E. Mariscal, que prefirieron esta inédita lectura del pasado monumental como la ejemplar “arquitectura nacional”.

Resulta sumamente sugestivo que su prédica restitutoria la iniciaran en 1913-14, durante la efímera dictadura restauracionista de Victoriano Huerta. Pero, ¿de qué propuesta nacionalista se trataba?

Su sensibilidad romántico-conservadora se inclina por una idea de la historia de México que privilegia los contenidos aristo-

cráticos, hispánicos y virreinales, y menosprecia de manera decidida toda la herencia indígena. La teoría criolla del mestizaje los lleva a sostener que la nación se fraguó durante los siglos coloniales, con lo cual se identificaba a la nación mexicana con la minoría criolla de grandes propietarios y copartícipes del poder virreinal.

Este emergente nacionalismo reaccionario apareció también en otros países latinoamericanos, tan distintos de México como Perú y Argentina, como respuesta defensiva a la crisis de los estados oligárquicos y la democratización de la vida pública, y en su propuesta cultural nacionalista variantes del neocolonial se convierten en su lenguaje arquitectónico.

La actitud nostálgica y arcaizante la manifestó José Gálvez, en 1923, al publicar *Una Lima que se va*, donde lamenta, como Acevedo y Mariscal, la destrucción del patrimonio monumental heredado de la colonia. Ante estas manifestaciones de influjo romántico y conservador, José Carlos Mariátegui respondió contundente: “Lo lamentable no es que esa Lima se vaya sino que no se haya ido más de prisa.”⁴

La insurgencia de postulaciones nacionalistas enfrentadas a principios de los años veinte las caracteriza en el campo literario, para México, don Victoriano Salado Álvarez: “Dos tendencias antagónicas pero igualmente nacionalistas y de índole igualmente retrospectiva, dominan en el día nuestra literatura”. Después de presentar con notoria causticidad la tendencia indigenista, al punto de sostener, al amparo de una cita del padre Mier, que primero investigaban, después inventaban y al final deliraban, dibujaba los perfiles del campo opuesto: “La otra

escuela está enamorada de nuestro pasado español, del lujo de la corte de los virreyes, de lo romántico de las leyendas, de la elegancia de las mansiones, del primor de los trajes, del idioma repulido y alquitarado, de los sentimientos caballerescos y requintados, y quizás también en el fondo de la paz, de la seguridad, de la vida reposada y cómoda de aquellos tiempos”.⁵

En Argentina, país donde la democratización política, después del fracaso de las insurrecciones armadas, se encaminó por la vía electoral, la oposición a la democracia de masas condujo a los intelectuales que compartían la sensibilidad de los literatos colonialistas mexicanos a una tajante definición contra la “demagogia”, y a proclamar la urgencia de organizar la contrarrevolución;⁶ y para que no quedaran dudas del modelo y liderazgo al que aspiraban, en 1928 Leopoldo Lugones, Rodolfo Irazusta y Manuel Gálvez se pronuncian por la Italia fascista y Benito Mussolini.⁷

A esta familia ideológica del nacionalismo hispanista, que recorre América Latina en las décadas de 1910 y 1920, pertenecían los arquitectos fundadores del estilo neocolonial en México.

Una serie de evidencias lleva a esta conclusión: Acevedo constituye un buen ejemplo de lo que Julio Jiménez Rueda llamó los espíritus aristocráticos provenientes del Ateneo, que no comprendieron la Revolución.⁸ Acevedo fue alto funcionario de Huerta, lo que no nos sorprende si se tienen en cuenta sus agresivas opiniones tradicionalistas y autoritarias que se leen en *Disertaciones* de un arquitecto, libro que fue publicado por su amigo Mariscal en 1920.⁹

Es notorio en el pensamiento de Acevedo un cierto culto super-

ficial a la idea de progreso y una sentida y profunda inclinación a preservar lo tradicional, huir de su momento histórico y congelar el devenir temporal; de negar, en conclusión, las rupturas en el ámbito del arte y en todos los territorios de la vida social.

Tanto Salado Álvarez como Carlos Monsiváis, 50 años más tarde,¹⁰ han definido al nacionalismo colonialista como una utopía del regreso, una melancólica exhumación de formas artísticas y experiencias sociales enterradas por el polvo de los siglos. Esta actitud, de huida del presente y búsqueda de un refugio en los tiempos virreinales, la expresó con ejemplar claridad el conocido escritor Artemio de Valle Arizpe, en una multicitada entrevista que le hizo Emmanuel Carballo.¹¹

Sin embargo, ¿sólo se trataba de invertir el curso temporal, construir una evocación apologetica del buen tiempo viejo? La verdad es que en el México revolucionario no se podía ser tan brutalmente explícito como lo fueron en Argentina Lugones, Irazusta y Gálvez. Lo que estos intelectuales proclamaban abiertamente en Lima o Buenos Aires, los arquitectos mexicanos lo proponían de forma implícita con sus obras: una reorganización vertical y corporativa de la cultura, la sociedad y el Estado, con la finalidad de contener a las masas y encuadrarlas en una versión actualizada del modelo que ofrecía la Arcadía novohispana.

El nacionalismo colonialista no sólo fue una evocación y huida; fue también, y eso es lo más importante, una propuesta tradicionalista para construir el futuro.¹²

Si los teóricos del movimiento o los arquitectos prácticos no tenían entera conciencia de ello, la elección que hicieran Carranza,



Carnaval en Huijotzingo, Pue. Entre 2000 y 2003, formato 35mm. © Jorge Pablo de Aguinaco.

Vasconcelos y Calles le confiaron su sentido histórico-político profundo. Para la estrategia restauracionista de don Venustiano y las políticas apaciguadoras de los sonorenses, este lenguaje arquitectónico y los mensajes implícitos de todo el nacionalismo colonialista resultaban en particular funcionales: se trataba de pacificar, reconstruir y defender el país, pero sin transformar a fondo la herencia económica y social del porfiriato.

Además, los nuevos ricos de la Revolución ganaban prestigio al recrear un estilo del pasado, fastuoso y teatral, y recubrir con una pátina de respetabilidad su recién ganada posición ante las masas desmovilizadas y derrotadas.

Nunca los procesos ideológico-culturales tienen explicaciones unívocas y la aparición y auge de la arquitectura neocolonial no es la excepción. En los años veinte compiten en México distintos lenguajes arquitectónicos, que son expresión de diferentes mundos simbólicos. Perdura cierto gusto afrancesado en las construcciones civiles y, para fines de la dé-

cada, el art nouveau comienza a desplazar al neocolonial en la preferencia oficial. Sin embargo, las ideologías nacionalistas básicas siguen enfrentándose: en 1928 el pabellón mexicano en la Exposición Internacional de Sevilla fue construido con un “estilo tolteca”, según su diseñador Manuel Amabilis, que en el respectivo concurso triunfó sobre otras propuestas neocoloniales.

El neocolonial, sin embargo, tendrá todavía larga vida en México y América Latina. A lo largo de la década de los treinta será un estilo oficial en Perú y Argentina, y se construirá en barrios residenciales de muchas ciudades sudamericanas; en la Ciudad de México los ejemplos son Polanco y Las Lomas.

Pero a esta expansión exitosa contribuye un factor externo que apunta al futuro. El suroeste estadounidense, desde fines del siglo XIX, fue creando su propio revival y en los años veinte tuvo su auge en California. Como una expresión más de la creciente penetración económica y cultural estadounidense posterior a la Pri-

mera Guerra Mundial, el neocolonial californiano coincide con las otras variantes latinoamericanas y se extiende por todo nuestro subcontinente. Quizás sea ésta una evidencia más de la debilidad de nuestras clases dominantes y sus proyectos, en plena época de despliegue de los nacionalismos culturales y las experiencias nacional-populistas.

El neo que nos ocupa sufrió una descalificadora crítica al comenzar la década de los treinta. El secretario de Educación Pública, Narciso Bassols, y un grupo de jóvenes arquitectos funcionalistas, desechan el mencionado estilo por dispendioso y tradicional. En su lugar, proponen construir una infraestructura social para las masas afectadas por la crisis económica, con la adopción del que denominan funcionalismo socialista.

No obstante, quizás como respuesta a la mencionada propuesta de una arquitectura de masas por el Estado, a finales de la década de los treinta y hasta el inicio del sexenio alemanista, en las colonias residenciales de la Ciudad de México proliferan los estilos neocoloniales.

Estos diálogos-enfrentamientos en el terreno arquitectónico ofrecen un rico y poco frecuentado campo para la investigación de la conflictividad social y sus dinámicas simbólico-culturales, que hoy pueden explorarse en el intento de una comprensión integral de la sociedad mexicana de la época.

Notas

¹ “Arquitectura Porfiriana. Análisis comparativo de la Colonia Juárez 1910-1980”, citado por Vicente Martín, en Cuadernos de Arquitectura y Conservación del Patrimonio Artístico, México, Secretaría de Educación Pública-Instituto Nacional de Bellas Artes, número 20-2, 1982, p. 19.

² Katzman, Israel, La arquitectura contemporánea mexicana, México, Secretaría de Educación Pública-Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1963, p. 81.

³ Ibid., p. 77-78.

⁴ Mariátegui, José Carlos, “Pasadismo y futurismo”, en Peruanicemos al Perú, Lima, Empresa Editora Amauta, 1988, p. 32.

⁵ Salado Álvarez, Victoriano, prólogo a Sor Adoración del Divino Verbo, en Jiménez Rueda, Julio, Novelas Coloniales, México, Botas, 1947.

⁶ Zuleta Álvarez, Enrique, El nacionalismo Argentino, t. I, Buenos Aires, Ediciones la Bastilla, 1975, p. 204.

⁷ Buchrucker, Cristian, Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955), Buenos Aires, Sudamericana, 1987, p. 72.

⁸ Carballo, Emmanuel, Diecinueve protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX, México, Empresas Editoriales, 1965, p. 171.

⁹ Acevedo, Jesús T., Disertaciones de un arquitecto, prólogo de Federico E. Mariscal, México, México Moderno, 1920, p. 163.

¹⁰ Monsiváis, Carlos, “Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX”, en Historia General de México, volumen IV, México, El Colegio de México, 1980, p. 393.

¹¹ Dijo Valle Arizpe: “El colonialismo fue para mi una sustitución. Vivíamos los años tremendos de la revolución. Como era imposible conseguiré la tranquilidad con los ojos puestos en el hoy, le di la espalda al presente y me instalé en los siglos de la Colonia. Fue indudablemente un acto evasivo.”, Carballo, Emmanuel, op.cit., p.159.

¹² Ver: Argan, Giulio Carlo, et al., El pasado en el presente: el revival en las artes plásticas, la arquitectura, el cine y el teatro, Barcelona, Gustavo Gili, 1977.



Carnaval en Huijotzingo, Pue. Entre 2000 y 2003, formato 35mm. © Jorge Pablo de Aguinaco.